



9217 E 59112

C
001
014
(22)

LA REYNA SULTANA.

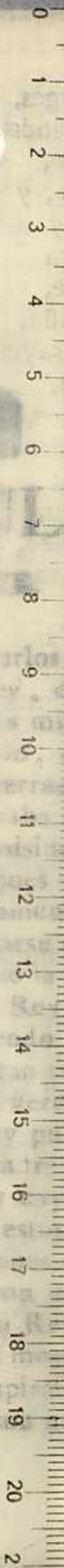
PRIMERA PARTE

B/
12
26 (22)

CAnten gloriosos elogios
 con acordes consonancia
 los triunfos mas excelentes,
 y la mas famosa hazaña,
 el mas cauteloso agravio,
 la mas heroica venganza,
 que en el mundo no hubo o
 En el tiempo que en Granada
 temblaban los Alarbes
 vanderas Mahometanas,
 Alabeces, y Gazules,
 Zegries, Gomeles, Mazas,
 Azarquies, y Rejuanes,
 y aquella tan remontada
 familia de Abencerrages,
 que tenian afianzada
 de Andalá Rey la Corona,
 y asi el Rey con confianza
 las que eran arduas empres
 solo á ellos las fiaba,
 y estaban del Rey queridos;
 y con esto se abrazaban
 los Zegries en envidia,
 y con tira la ingrata
 intentaron cautelosos

de la gracia
 una traicion
 nos intentada,
 e Abio Hamete,
 de fama,
 n la Reyna,
 sultana,
 sus deleytes
 intentaba
 n el Reyno,
 uerte infausta.
 e lo dixeron,
 a su probanza,
 tigos de vista:
 por ser clara,
 ica palestra
 os en batalla.
 amortecido
 palabras;
 e volvió en sí,
 rta'es ansias:
 a me ha ofendido?
 , que esto basta;
 basiliscos,
 era, y rabia:

2 400 40 Gálta



MADE



LA REYNA SULTANA.

PRIMERA PARTE.

CAnten gloriosos elogios
 con acordes consonancias
 los triunfos mas excelentes,
 y la mas famosa hazaña,
 el mas cauteloso agravio,
 la mas heroica venganza,
 que en el mundo no hubo otra.
 En el tiempo que en Granada
 tremaban los Alarbes
 vanderas Mahometanas,
 Alabeces, y Gazules,
 Zegries, Gomeles, Mazas,
 Azarquies, y Rejuanes,
 y aquella tan remontada
 familia de Abencerrages,
 que tenian afianzada
 de Andalá Rey la Corona,
 y así el Rey con confianza
 las que eran arduas empresas
 solo á ellos las fiaba,
 y estaban del Rey queridos;
 y con esto se abrazaban
 los Zegries en envidia,
 y con tira la ingrata
 intentaron cautelosos

derribarlos de la gracia
 del Rey, con una traicion
 de ellos mismos intentada,
 diciendo, que Abia Hamete,
 Abencerrage de fama,
 cooperaba con la Reyna,
 hermosisima sultana,
 y despues de sus deleytes
 injustamente intentaba
 levantarse con el Reyno,
 dandole la muerte infausta.
 Así al Rey se lo dixeron,
 ofreciendo en su probanza,
 que eran testigos de vista:
 y esta verdad por ser clara,
 en muy publica palestra
 mantendremos en batalla.
E Rey cayó amortecido
 al oir estas palabras;
 y despues que volvió en sí,
 dixo con mortales ansias:
 Qué la Reyna me ha ofendido?
 Al fin muger, que esto basta;
 y escupiendo basiliscos,
 dixo con colera, y rabia:

B/
 12
 26 (22)

C
 001
 014
 (22)

9217 E 1912

Mueran los Abencerrages,
y luego al instante manda
los llamasen uno á uno,
y con mucha industria, y maña,
degolló hasta treinta y seis,
y á todos los degollara
si no fuera por un Paje,
que descubrió la maraña,
y empezó traycion, traycion,
y Granada alborotada,
toda dividida en vandos,
y hechos todos á las armas,
procuraron su defensa;
y nunca en esto parara,
si el muy valeroso Muza,
digno de toda alabanza,
gran Capitan General,
de las Tropas arregladas,
que sosegando el tumulto,
no muy facil, el Rey manda
llamar á todos sus Grandes,
y dentro de la Real sala
el Rey saliendo enlutado,
dixo con voz lastimada:
Vasallos nobles, y amigos,
bien sé que ignorais la causa
del sucedido fracaso
oid, pues, la circunstancia.
Os hago saber á todos
por cosa muy fixa y clara
que son los Abencerrages
los que al mundo dieron fama,
traydores á mi Corona,
y que asi mismo intentaban
quitarme la vida, y reyno
con la intencion muy dañada,
Sabreis tambien, que la Reyna
deshonestamente trata
con Albin Hamete amores,
y que hay dentro de la sala
quatro testigos de vista,
que lo juran, y declaran.
Se ha levantado diciendo

un Almoradi en voz alta:
Atentos á tus razones,
Rey estamos, y repara,
que estás mal aconsejado,
que esta es traycion declarada,
que la Reyna es muy honesta,
y en ella no cabe mancha,
que esos Caballeros mienten
villanos de mala casta,
y con la espada en la mano
lo mantendré en la campaña.
Respondió el discreto Muza:
solo la prudencia valga,
porque moverlo á question,
es dar crédito á la falsa
traydora proposicion,
y quedará amancillada
la candidéz de la Reyna;
lo que importa es el llamarla,
y aqui en presencia de todos,
segun está ya notada,
en acusacion se ponga,
porque su defensa haga,
como le toca en derecho.
Luego al punto fué llamada:
con mucha pompa, y grandeza
salió, muy acompañada
de sus Damas, y doncellas,
dixo Muza estas palabras:
Has de saber Reyna hermosa,
como dentro de esta sala
hay Caballeros, que ponen
dolo en tu honor, y en tu fama,
y que con Albin Hamete
aseguran, que quebrantas
hoy las leyes conjugales,
y siguiendo esta sumaria,
este juicio se remite
al Tribunal de las Armas;
quatro son los que te acusan,
por si otros quatro se arman
á defender lo contrario;
si en la lid con arrogancia

vencieren tus defensores,
quedarás acrisolada;
y si los acusadores
vencieren por tu desgracia,
queda tu honor empañado,
y tu honra amancillada,
y por alcoranas leyes
tienes de morir quemada:
treinta dias son de plazo,
que es el termino que basta
para que elijas Señora,
Cavalleros, que tu causa
la defendan como suya;
aquí hay muchos que lo hagan,
y yo he de ser el primero,
pues quanto yo pueda, y valga
á tu servicio consagro.
Y ella sin turbarse en nada,
mirando á un lado, y á otro,
como que se hallaba salva;
dixo muy en altas voces
estas siguientes palabras:
Qualquier Cavallero Moro,
que en mi honor ha puesto tacha
miente, villano traidor
de mala sangre y prosapia,
que nunca ofendi á mi esposo
con obra ni con palabra,
y ahora aquí en mi presencia,
sin ditación ni tardanza
ponganme la acusacion
mentirosa, y mal fundada,
y guardando ceremonia,
los traidores se levantan,
y ponen su acusacion.
Luego el Key ordena y manda,
que en la Torre de Comares
la tengan asegurada,
y con orden muy expresa,
que no fuere visitada,
de nadie sino de Muza,
por ser de su confianza;
llevóse en su compañía

á la cautiva Esperanza.
Y viendose en tanto aprieto,
furiosa, y desesperada
intentó herirse las venas,
para morir desangrada,
solamente con intento
de que no se les lograra
el ver su afrentosa muerte;
y la famosa Esperanza
la consolaba, diciendo:
Ten, Señora, confianza
en Dios, que te ha de librar,
yo conozco alla en mi patria
á un famoso Cavallero
de sangre calificada,
su nombre es Don Juan Chacon,
muy temido en las batallas,
y es amigo de amparar
á todo el que de él se ampara,
y se que si de él te vales,
tienes de ser libertada.
Tomó la Reyna el consejo,
y al punto escribió una carta,
diciendo: Señor Don Juan,
quien tanto la fama ensalza,
gran Señor de Cartagena,
por estar bien informada
de tu virtud, y piedad,
pues con tu brazo, y espada
defiendes la hora agena,
y al desamparado amparas;
esto, Señor, me ha obligado
á escribirte mi desgracia,
amparandome de vos
yo tristé Reyna Sultana,
presa por un testimonio,
y de adultera acusada,
y por Alá te aseguro;
que en eso no debo nada;
y si no doy Cavalleros,
que me defendan sus armas,
la sentencia de mi muerte
será luego executada:

quatro son para otros quatro,
que asi las leyes lo mandan,
y si por estar infiel
pones Señor repugnancia,
yo creo en Dios, uno y Trino,
y en su Madre Soberana,
solo el Bautismo deseo
con los afectos del alma.
Aquesta carta Don Juan
leyó contento y con saña,
Y escribiendo la respuesta,
la envió en estas palabras.
El postrer dia del plazo
estaremos en Granada,
yo, y otros tres Caballeros,
sio que en aquesto haya falta:
No digo mas: Juan Chacon.
Luego Don Juan sin tardanza
dió parte á tres Cavalleros
de mucho valor y fama:
Don Manuel Ponce de Leon;
y por segundo señala
Don Alonso de Aguilar,
Cavallero de importancia.
El tercero fue el Alcayde,
que de los Donceles llaman;
y de que juntos los tuvo
les manifestó la carta,
y se ofrecieron contentos
para una empresa tan ardua.
Iban fuertemente armados,
y sobre las finas armas
llevaban trage Turquesco,
pues al intento ayudaba,
el que la arabiga lengua
fuertemente la cortaban,
llegaron pues á dar vista
á la Vega de Granada,
y vieron venir á un Moro
á caballo, y gruesa lanza

caminando cuida loro;
aguardaron que llegara,
y hablándole en su lenguaje
cortesés le saludaban;
no menos bizarro el Moro
correspondió en sus palabras;
luego al punto les pregunta,
¿quien era, ó que buscaban?
Ellos dieron por respuesta,
sin equivocarse en nada:
Somos Genizaros Turcos,
desembarcamos en Adra,
y hemos venido á estas Vegas,
que nos han dicho, que andan
ciertos Cristianos en ellas
que hacen dañosas entradas
con desenos de encontrados
para hartarlos de batalla.
Aqui los dexaré habiendo,
mientras me como á la Alhambra
á ver sacar á la Reyna,
que la sacan en utada
la flor de los Cavalleros,
to los con sus negras vandas.
Aqui fueron los lamentos,
que toda la Plebe armaba,
y la mucha griteria.
Llorando todas las Damas,
echando mil maldiciones
á los que fueron la causa.
Llegó en efecto la Reyna
á la plaza Vivarrambia,
subieronla en el tablado,
que para el intento estaba
todo de funebre luto,
y en un estrado sentada
quedó la Reyna afligida,
vertiendo perlas por nucar.
y en otra segunda parte
escribiré lo que falta.